

en marcha, léase Porto Alegre, apuntan modos positivos de atajar lo que se ha convenido en definirse como «malestar urbano». Parece del todo preciso integrar en esta línea a aquellos recintos singulares que se vieron inmersos, súbitamente, a mitad del siglo pasado, en el marasmo de las megalópolis que afectó a todo el continente. Tal pedagogía puede ofrecer hoy, sin lugar a dudas, un espacio útil de acuerdo y meditación fundamental frente a la oferta capitalista de la representación y la persuasión.

Reivindicar espacio para ser andado es recuperar ciudad; jerarquizarlo para el bienestar del hombre, *work in process*. Proyectarlo es precisamente hacerlo sobre estas estructuras de los lugares históricos, trabajar con ellos. Desvelar un dilema sobre su razón del límite presente al que no es ajena la condición de habitar. Por otra parte la ciudad siempre fue lugar del «común», de la comunidad; el recinto en el que el colectivo se hace legible como tal y sobre el que éste interactúa en su «derecho a la cultura». Es preciso, por tanto, recrear en el tiempo presente un camino intermedio, estético, que busque en su filosofía dar forma al caos urbano a fin de estructurar un diálogo eficaz entre paisajes y usuarios. Conquistar los nuevos espacios para la utopía, supone restaurar los lugares que amparaban su proyecto histórico, actividades de antiguo perfil porque la ambigüedad, como señalaba Walter Benjamin, desplaza la autenticidad en todas partes⁸.

En el panorama turbulento de los cambios de uso del suelo de nuestros días, de las transformaciones no adecuadas de los espacios públicos urbanos, con su congestión del tráfico, degradación de la calidad de vida y destrucción del paisaje natural, con la indefinición de objetos y su decadencia de servicios en los espacios residuales y en el tejido urbano en general; la expulsión en suma de sus habitantes en el contexto presente exige civilizar este tiempo materializado por la historia. Es bien cierto, como ya se ha dicho, que muchos de los fenómenos aquí tratados tuvieron su origen en Europa pero también lo fue la legislación y la normativa de protección de estas denominadas áreas históricas. Aunque aquí no fueron tanto las guerras como los cataclismos naturales o la simple negligencia de la «cosa pública» las causas desencadenantes –Antigua, Cuzco, Arequipa, México, Quito... están en la memoria de todos–, el exponencial demográfico, unos y otros, generaron un conjunto de conflictos específicos que caracterizan los universos problemáticos de estas «islas». Tal entronque, con la endémica crisis económico-social del subcontinente, ha propiciado una iconografía substitutiva in memoria ni razón que camufla todo y que envuelve a estos lugares supervivientes en un *continuum* retórico, banal las más de las

⁸ Fernández Alba, Antonio. La metrópolis vacía, 1990.

veces, y por ello inapropiable para el disfrute colectivo. El paisaje resultante de tales avatares concluiría así en una síntesis de alegorías, símbolos y enunciados en que los hechos arquitectónicos se acumulan ahora en un inventario sugerente desde su decadencia; por eso está tan embebido de melancolía y humildad en demasiadas ocasiones. Revitalizar la ciudad histórica iberoamericana, desde esta sensibilidad agraviada, propone reequilibrar este panorama potenciando además los proyectos no desarrollados en su día frente a la presión insostenible de la globalización mercantil. Su belleza ya no es la armonía sino la contradicción⁹.

En la «polis» contemporánea la centralidad, desplazada por un desconocido protagonismo de flujos, reclama reinventar su desafío como «ciudad por desarrollar». Trabajar desde la memoria exige optar ya entre el modelo «Disney», pseudohistoria, y la ciudad resignificada según los valores de identidad presentes en estas áreas patrimoniales. Renunciar a operaciones carentes de sentido o a instrumentos supuestamente transgresores o a centros emergentes subordinados a crecimientos que no controlan unos habitantes que intentan sobrevivir como si se tratara de funcionarios sin sueldo de parques temáticos para los posturistas al uso.

La preocupación por tal sintaxis urbana es parte sustancial de esta reflexión sobre la metrópoli como lo es sobre el concepto de lo patrimonial señalado en la medida en que sus problemas e intervenciones no sólo se mantienen sino que, más aún, se ven agravados. Las esperanzas abiertas en estas últimas décadas en Iberoamérica, siendo importantes, lo son en la medida en que han sido asumidas por la comunidad como la mejor forma de trascender de modo natural la simple referencia al monumento de lo histórico para referirse al entorno urbano como un «paisaje cultural» en conjunción con el territorio. La crítica sobre la intervención urbana ha ido evolucionando validando acciones creativas capaces de obviar la estricta restauración de un pasado parcial en la consideración de patrimonio que no se ha remitido sólo a entender la materia sino a hacerlo de una cultura de lo intangible estableciendo una sinergia pertinente con el presente tiempo tecnocientífico entre marco físico y hombre.

Pero aun así todavía hacinamiento y pobreza invaden multitud de estos «centros periféricos» en demasiadas conurbaciones americanas. Las categorías interpretativas de su gestión así como las estrategias de la actuación sobre ellos deben ser revisadas obligando a nuevas reflexiones. En este contexto las experiencias desarrolladas más relevantes que tienen como denominador común la recuperación de los valores culturales como catali-

⁹ *Ramonedá, Josep, La teoría del presente, 1987.*

zadores de interacciones sociales. Allí parece confirmarse el camino de la recuperación urbana a través de una lectura en clave contemporánea en relación con una estructura global de conjunto, algo que se refiere tanto a su lectura simbólica como a su reinterpretación en el complejo papel funcional del rescate de sus recursos arquitectónicos y urbanísticos. En la ciudad de México, en esta línea, se ha propuesto, por ejemplo, la rehabilitación integral de su núcleo histórico mientras en Santo Domingo se ha hecho sobre un repertorio de ideas para revitalizarla como metrópoli en crecimiento. Cuba ha continuado desarrollando un monumental esfuerzo en la recuperación de su Habana Vieja que en Salvador de Bahía se encara, en el fenómeno del Pelourinho, como un espacio «museo». Lima y Quito apuestan por la reversión del deterioro de sus áreas históricas intentando mantener una acción coherente en el planeamiento. En Buenos Aires procura conjugarse la estrategia seguida con los intereses diversos que se expresan en la refuncionalización de las antiguas instalaciones portuarias con la dinamización de las zonas periféricas. Más al norte, en Río de Janeiro se articula esta política de recuperación según una lectura estructuradora muy interesante, basada en gran medida en la experiencia de la Barcelona olímpica, a través de intervenciones como «Río cidade» a la vez que se intenta una integración de la ciudad formal e informal en las actuaciones del programa «Favela Barrio». Montevideo, en medio de ambas, desarrolla igualmente en estos últimos años una visión territorial global expresada en el «Plan Montevideo» mediante la planificación particularizada de las áreas con mayores intereses patrimoniales, en Ciudad Vieja.

Son muchas y diversas, difíciles de apreciar detalladamente en un rápido recorrido, las situaciones y, por tanto, las estrategias de futuro a proponer. Excesivos para un observador de ciudades, ejemplos tan particulares como el Cuzco o México con sus estratigrafías o las situaciones asimétricas, de origen portuario, de San Juan de Puerto Rico o Panamá. Las hay que han hecho de sus arquitecturas primarias importantes piezas de articulación en la recualificación urbana como es el caso de Santiago de Chile y su estación Mapocho; otras, lamentablemente, tendrían que hacerlo por ausencia sobre los vacíos de los conventos destruidos. Y no hay que olvidar que la galaxia metropolitana no sólo subsumió en la fundación virreinal a su transformación republicana como es el caso de Petare, en Caracas. Finalmente se podrían citar los ejemplos cualificados por la primera industrialización de Valparaíso o por su consecuencia demográfica de infravivienda extensiva, el de la Baixa Fluminense de Río de Janeiro.

Iniciativas que atienden a andamiajes o sustentos doctrinarios que se han sustanciado en éxitos parciales diversos en estas últimas décadas, con

no pocas dificultades, y que nos llevaría a cuestionar no tanto los objetivos expresados en las declaradas intenciones de revitalización y recuperación de las ciudades preexistentes (llámese a éstas con la denominación que se quiera: ciudad histórica, tradicional o ciudad pública) como la eficacia de las estrategias aplicadas y la calidad de los instrumentos disponibles. Obligaría a plantear la imperiosa necesidad de imaginar nuevas y más audaces modalidades de actuación sobre los resultados ya experimentados en el respeto por el medio ambiente o en la participación ciudadana más amplia en términos de inclusión social. De algún modo, se puede afirmar que las propuestas esbozadas hace ya veinte, treinta y aún hace cincuenta años atrás en el mundo occidental, siguen vigentes bajo nuevos postulados no tanto como un problema de semántica disciplinar cuanto como un apasionante campo de conocimiento acumulado.

Las dos ciudades que soñaba Enrique Tierno Galván, la de los ricos y la de los pobres, más que nunca, requieren fundirse en una sola: ser ciudad para todos con un único y finalista criterio de calidad de vida. El territorio metropolitano iberoamericano es el marco esencial para este debate ante la construcción de la naturaleza técnica de nuestro tiempo. Esta discusión adquiere perfiles propios en torno al conjunto histórico tratado en las peculiaridades que aquí presenta y que le dan una especificidad imposible de desconocer. Si la ciudad en Iberoamérica fue el fruto de una estrategia fundacional de ocupación territorial, de sensibilidades geográficas, hoy la morfología de sus residuos se sustenta entre la escasez y la marginación como un reto característico. La manera de interpretar su mundo quedó alguna vez alojada en la funcional y tan singular invasión llegó a malgastar la forma; pareciera que al margen de la función la forma careciera de razón de existencia. Rodeado de objetos aleatorios, para el «hombre sin atributos» contemporáneo habitar estos espacios de evidente intensidad es hoy tanto como aceptar la convivencia perdida; la necesidad de considerar otro planteamiento, de radicalizar sus respuestas ante esta realidad urbanizada se le hace aún más perentoria, si cabe.

La ciudad de nuestros días pugna por mantener viva su diversidad ante la homogeneización creciente, posición crítica frente al poder unificador de la ideología; leída en términos de cultura, con semejante aporte establecerá un factor de contrarresto en la reproducción sin límites de la técnica¹⁰. Apoyada en la existencia de estos restos sentimentales no puede ignorar su papel en el proceso de «auto-entidad» contemporáneo equilibrando la cualificación del lugar en tanto que receptáculo de todo tipo de acciones para

¹⁰ *Quetglas, Josep. Lo que no he leído, 1997.*